



Rodrigo Toscano

Enquête psychanalytique (Francia)

salorod2008@gmail.com

ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-9299-6957>

Recibido: 10 de octubre de 2021

Aceptado: 16 de febrero de 2022



Esta obra está bajo una licencia internacional Creative Commons BY-NC-SA 4.0

DOI: <https://doi.org/10.5281/zenodo.6773370>

Sección: *Dossier*

Peripecias de la práctica analítica

Resumen

Se tratará de una somera revisión de la historia de las prácticas psicoanalíticas freudiana y lacaniana, con el objeto de establecer sus elementos clave. Se repasan las nociones de Transferencia, Resistencia, Sujeto supuesto Saber (SsS), Objeto causa del deseo, Pase, Desser y Destitución subjetiva en su contexto y vinculación. Al final, es objeto de atención el tema de la responsabilidad del analista, su compromiso con el análisis.

Palabras clave: SsS, Psicoanálisis, Práctica psicoanalítica, Posición del psicoanalista.

Adventures of analytical practice

Abstract

A review of the history of psychoanalytic practice, both Freudian and Lacanian, in order to establish its key elements. The notions of Transference, Resistance, Subject supposed to Know, Object cause of desire, Pass, Desser and Subjective Destitution are reviewed in their context and connection. At the end of the Essay, the object of attention is the issue of the analyst's responsibility — his commitment to analysis.

Keywords: SsS, Psychoanalysis, Psychoanalytic practice, Position of the psychoanalyst.

Las palabras no cambian nada, pero sin ellas ninguna transformación es posible.

Youness Bousenna, 2021: 9.

I. Sigmund Freud y los primeros discípulos

Con el inicio del siglo XX, irrumpe una nueva disciplina, aunque no totalmente insospechada, que será objeto de discusión, pues vendrá a modificar la relación entre el profesional y aquel que sufre (a sabiendas o no de qué). Esta práctica incide poco a poco en la manera misma de concebir las relaciones humanas, y pone el acento en la subjetividad de cada uno, más que en toda cura posible. Con una metodología propia de acceso al otro, introduce un objeto de estudio distinto. Lo más sorprendente es que su lógica y su marco de acción fueron creados en su totalidad por un solo hombre: Sigmund Freud.

Él llamó a esa disciplina *psicoanálisis*: el análisis de la psique (o del alma, como se concibe a veces); en suma, se refiere al estudio de lo *inconsciente*. Sin embargo, lo inconsciente sólo se descubre gracias a sus manifestaciones o formaciones: los sueños, lapsus, olvidos y síntomas, la importancia de lo que se quiere decir, efectivamente, en el error, la mentira o la ambigüedad. En consecuencia, el objeto de estudio del psicoanálisis crea una total ruptura con la idea única de cuerpo de la medicina. El espectro de lo inconsciente abarcará poco a poco todo lo que atañe al ser humano.

El primer sujeto de estudio del naciente psicoanálisis no fue otro que el mismo Sigmund Freud. ¿Cómo le fue posible hacerlo? Trabajando y analizando sus propios sueños, intentando interpretarlos, hasta que un día lo logró: *La interpretación de los sueños* es el título de su primera obra maestra que resume su logro. El sueño, en cuanto formación del inconsciente, no solamente le dio acceso a las otras tres formaciones, sino que le permitió modificar la relación con la (mal) llamada “enfermedad

mental” (resabio de lo médico) y, a partir de allí, con la cultura misma, local o universal. Freud hizo después descubrimientos más finos con la irrupción de lo inconsciente en la vida cotidiana, en la sexualidad y en lo que designaría inicialmente como el *aparato psíquico* (formado por el consciente, el preconscious y el inconsciente, así como la interacción entre ellos tres, su fluidez y su mutua censura), que sirve para hacer de nosotros eso que somos y no lo que queremos ser, eso que sabemos de nosotros mismos o no queremos saber.

Para el año 1912, Freud ya había salido de su “espléndido aislamiento” y el psicoanálisis interesaba cada vez más a los profesionales —médicos, sobre todo—, por lo que decide escribir para intentar guiarlos en su práctica, verbigracia, la utilización de los sueños, la importancia de la transferencia, etc. en el trabajo clínico. Incluso se permitía dar “consejos” a sus seguidores sobre los elementos importantes en el trabajo con los pacientes: qué cosas se deben hacer y cuáles no para no comprometer la tarea y para permitir que lo inconsciente se manifieste. Desde las primeras líneas de su escrito *Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico* (1912), Freud afirma que las reglas que propone “son el resultado de [su] larga experiencia”, y “que su observancia ahorrará a muchos analistas [dos cosas]: primero, inútiles esfuerzos, y luego, los preservará de incurrir en peligrosas negligencias”. Pero Freud presenta también una salvedad de enorme peso: “la técnica aquí aconsejada ha demostrado ser *la única adecuada a mi personalidad*”. Es decir, es posible que otras personalidades adopten una actitud diferente ante los enfermos y la labor que estos implican. Ya veremos que en este punto encontró, sin duda, eco abundante y necesario... y también sabremos por qué.

Comencemos por un resumen rápido y ligero del texto freudiano; hay tres elementos que destacan: la *atención* libremente flotante con la cual el profesional se

posiciona ante lo que el paciente le dice; la *transferencia* que los liga a ambos y será desde siempre el motor de la cura, y la *obligación* que se va instaurando poco a poco del *análisis personal previo del profesional*. Freud escribe estas recomendaciones porque vislumbraba el peligro de que el psicoanálisis fuera efectuado de maneras erróneas por sus mismos discípulos (que incurrieran en el “a mí me parece que...”). Otro de sus consejos apunta a lo que se ha llamado *furor sanandi*; insiste en evitar que las “ganas de curar”, “hacer el bien” o “desempeñar un buen trabajo”, den lugar a que el profesional intente acceder al inconsciente del otro por todos los medios a su alcance. Entre estos intentos, y Freud lo advierte ya en 1912, está el que exista un diálogo demasiado íntimo entre los dos participantes en la cura, alterando con ello sus lugares respectivos. Este riesgo no es tan irreal como podría pensarse, pues alguien muy próximo a Freud, Sandor Ferenczi, llegaría años más tarde hasta intercambiar lugares, diván-sillón, con sus pacientes. Algunas prácticas no son adecuadas; el dispositivo debe conservar un mínimo de coherencia para funcionar.

He aquí algunas anécdotas sobre Ferenczi: Freud lo analizó, lo reconocía como su “hijo querido” (después de Jung) y le hubiera gustado que fuera su yerno. Ferenczi se había ganado estas consideraciones a pulso, ya que, según una declaración de Freud en 1914, valía por toda una sociedad psicoanalítica. De hecho, es él quien tendría la tarea de crear La Sociedad Psicoanalítica Internacional (IPA) en el Congreso de Núremberg de 1910, de la cual fue primer presidente. Por último, era tan cercano a Freud, que fue uno de los 5 miembros del Círculo de los anillos, lo que no evitó fricciones entre los dos.

Ferenczi promovió entre sus colegas la defensa de los derechos de los homosexuales marginados y perseguidos en la Europa de inicios del siglo XX, uniéndolo en ello, con razón, homosexualidad y

paranoia. Tuvo, al igual que Abraham en Berlín, un rol importante en la plasmación de programas de formación para psicoanalistas, proponiendo mayor flexibilidad en el trato con los pacientes y una intervención “más activa” (?) de los terapeutas. En este punto, hubo otro psicoanalista igualmente insólito, Wilhelm Reich, quien arriesgaría su futuro en la IPA para continuar sus trabajos del *análisis del carácter* y llevar el psicoanálisis a las clases más desfavorecidas de la sociedad (como también hicieron Ferenczi y otros) gracias al *Ambulatorium* de Viena, también conocido como *Freud's Free Clinic* (la clínica gratuita de Freud). Era cuestión de tiempo para que el ejercicio activo y efectivo del psicoanálisis creara divergencias con la manera de “recibir” que Freud practicaba y proponía a los suyos. Las discrepancias eran tales que Jacques Lacan, quien se reconocía como discípulo de Freud, transformó, como ningún otro antes, la técnica del trabajo analítico (no del encuadre) y profundizó con ello la teoría freudiana.

Otro caso entre los discípulos de Freud fue Melanie Klein, una especie de “metralleta de la interpretación”. Basta con consultar el caso Dick para constatar que ella no se andaba con reparos: le habla de manera nutrida a un niño como si fuera un adulto. No está para nada lejos de lo que podría llamarse un “psicoanálisis salvaje” pues, contraviniendo el texto de Freud, es ella quien más habla, y podemos notar que lo hace en buena parte para confirmar lo que ya sabe; sin embargo, su trabajo clínico era muy respetado. Donald Winnicott, un integrante de la escuela inglesa, quiso analizarse con ella, pero fue rechazado tras su renuencia a tomar partido durante la controversia entre las escuelas representadas por Klein y Anna Freud —en lugar de apoyarla, Winnicott se mantuvo al margen y pasó a gestar el *Middle Group*. Según ella, el análisis de Anna Freud era meramente educativo (y en ello estaba acertada); allí radicaba su principal divergencia. Sigmund Freud intentó dos veces, de 1918

a 1922 y de 1924 a 1929, ser el analista de su hija Anna; no obstante, más que analista, conservó sobre todo su posición de padre con ella hasta el fin. De la misma manera, Melanie Klein fue la analista de su hija Melitta, pero la relación entre ellas acabó realmente deteriorada.

Ya desde tiempos de Freud surgió un problema espinoso, pero de otro orden: el ejercicio del psicoanálisis por los “legos”, es decir, no médicos. Precisamente por su carencia de formación en medicina, eran considerados “no habilitados”, lo que habla de la amplitud y la fuerza que, desde siempre, la sombra médica ha ejercido sobre el psicoanálisis. Así, el asunto está sesgado desde su planteamiento: como la disciplina fue creada por un médico neurólogo, se vuelve, *ipso facto*, propiedad y coto del cuerpo médico. El lego, se decía, no tenía la formación para escuchar la variedad de discursos de los pacientes y, sobre todo, no sabría qué hacer ante ello (¿qué recetar?). Freud mismo escribió un artículo al respecto: *¿Pueden los legos ejercer el psicoanálisis?* en defensa del trabajo analítico de Theodor Reik, un no médico. Si bien el título parece esbozar una duda; él se pronuncia clara y radicalmente a favor de Reik en cuanto a su capacidad para ejercer el psicoanálisis. El signo de interrogación de su título responde únicamente al contenido del artículo; se trata de un diálogo entre un interlocutor y un juez tolerante e inteligente que cuestiona y permite profundizar el asunto del que se trata: la *necesidad* del ejercicio del psicoanálisis por los no médicos.

II. Jacques Lacan

Lacan, otro médico de formación, resolvió aparentemente el asunto del psicoanalista no médico, pues terminó por abrir el ejercicio del psicoanálisis a diversos profesionales que asistían a sus lecciones públicas y/o formaban parte de la Escuela Freudiana de París (EFP), que creó en 1964. Entre los legos practicantes del psicoanálisis lacaniano encontramos psicólogos, matemáticos, filósofos, antropólogos, etc.

Para él, todo análisis debería terminar con un analizante que, habiendo analizado su deseo de efectuar esa función se autorizara como analista, pues con esto salía sobrando la distinción de la IPA entre psicoanálisis y psicoanálisis didáctico (la cura y la formación). Lacan propuso modificar otros aspectos de la práctica clínica del psicoanálisis: la duración variable de la sesión, el fin del análisis con el pase, la transferencia *del analista* y su poder en la cura, etc.

Lacan impartió importantes seminarios que le tomaron casi un tercio de su vida; sin embargo, sabía que su esfuerzo valía la pena. El primero de estos es una muestra de su labor pionera en la recentralización de la radicalidad del psicoanálisis (a condición de bien leer a Freud y respetar su método de búsqueda de lo inconsciente). Ese primer seminario, impartido en el año escolar comprendido entre noviembre de 1953 y julio de 1954, tiene entre otros títulos *Los escritos técnicos de Freud* que fue reiterada, *grosso modo*, en los primeros 21 seminarios hasta el titulado *Les non-dupes errent* (1973-1974). Los últimos seis, de 1974 a 1981, abordan clara y delicadamente lo *Real* con ayuda de redondeles y nudos borromeo; cada seminario tuvo un número variable de lecciones.

En *Los escritos técnicos*, impartido en el hospital Sainte Anne, el diálogo con los participantes es nutrido y asisten algunos personajes que serán reconocidos después. Lo mismo que en su texto contemporáneo “Función y campo de la palabra y del lenguaje”, Lacan ataca frontalmente e intenta rectificar las desviaciones hechas a la técnica freudiana, en particular la realizada por la psicología estadounidense del ego. *Los escritos técnicos de Freud* o pasajes de algunos de ellos fueron tema de discusión en el seminario.

Algunos ejemplos iniciales: Lacan justifica la afirmación de Freud: cuando la palabra se desvela y busca profundizarse (avanzar hacia eso inconsciente), no es inusual que las resistencias afloren, se transformen en transferencia e incidan sobre el analista (3 de

febrero de 1954), cuya presencia —puede añadirse— proporciona el soporte necesario para esa transferencia, lo cual habla de la actualización del analista en la experiencia (*ibídem*). En el seminario *Las formaciones del inconsciente* (1957-1958), Lacan relata la ocasión en que Freud olvidó el nombre propio de Signorelli, y mientras más se esforzaba por recordar, más nítida le aparecía la imagen de los frescos de Orvieto pero no el nombre de su autor; en conclusión, *lo imaginario* interfiere con fuerza y bloquea el acceso a *lo simbólico* (4 de diciembre de 1957); por eso, el recuerdo del nombre propio (lo simbólico) no se logra.

Todo médico, dice Lacan, vive el problema de la muerte como un asunto de merma de maestría, incluso Freud con el caso “Signorelli”. Se generaliza esa pérdida de maestría a la cual Freud contribuyó al querer relatar, pero al no poder hablar de intimidades, se bloqueó y se quedó únicamente en la continuidad de la conexión verbal explícita con el otro y por eso solo produjo restos, pedazos o incluso recortes de su palabra (censura; 3 de febrero de 1954), que se llevaron al olvido ese nombre propio; hubo ahí interferencia. Y ello atrae a lo imaginario, mientras que la palabra completa o plena, *verídica* (agrega), la excluye. La resistencia se presentifica en el discurso que el sujeto efectúa ante otro y gracias a esto, el *psi* podrá tener efectos. Por eso Freud puede localizarlo como parte de la experiencia analítica discursiva (Lacan, 20 de enero de 1954).

Además de la resistencia y la transferencia (su derivado), Lacan rechaza la contratransferencia tal y como la IPA la postula: la idea de que toda resistencia “contratransferencial” ocurrida en la experiencia analítica pertenece al analista. En oposición, afirma que la única transferencia válida en el análisis, es la del analista en la emergencia de la palabra, ya que ésta implica la realización del otro en la mediación misma gracias a la palabra. El analista facilita o impide esta

mediación con sus palabras y su actitud.

El recuerdo (auto)inhibido de Freud, y su palabra, al degradarse, impidieron cualquier realización posible. Peor aún, al traducir *Signor* (de Signor-elli el pintor de los frescos de Orvieto), Freud obtiene *Herr*, lo que en alemán lo remite al amo inevitable y absoluto de todos: la muerte implacable. Lacan concluye que los actos de Freud evidencian que la palabra viró de plano hacia el *otro*, y se aferró a él, en la medida en que fracasó la confesión del *ser*; allí la transferencia imaginaria obstaculiza el trabajo analítico. Y ¿qué pasa cuando todo funciona bien y el analista permite la continuidad de la palabra? Lo que sigue no es nada menos que la *revelación*, porque lo inconsciente se expresa solo por deformación, transformación o variados recovecos (Lacan, 3 de febrero de 1954). Más tarde, acentuará la importancia de la equivocación, de la metida de pata y acuña la *une bévue* —transliterando la *Unbewusste*, el inconsciente de Freud—, como aquello que se opone al discurrir de la consciencia y facilita que lo inconsciente se abra camino al exterior. El inconsciente lacaniano *no* es un depósito de lo no consciente, sino un conjunto de procesos activos que nunca deja de trabajar y busca manifestarse.

Entre los objetivos que Lacan lee en Freud está que el sujeto reintegre su historia; no tal como sucedió (¿quién podría relatarla?), sino como la conoce, lo que ahora puede compartir con su analista —e inventar para rellenar las lagunas—: Freud confronta la *historia como me fue relatada* contra la *historia tal como yo la capté, retuve, elaboré y reescribo ahora: mi saga para otro*. Lacan afirma en la primera sesión de *Los escritos técnicos* que Freud no busca una readaptación y concientización del paciente con lo real, cuya medida emerge del ego del analista; sino la verdad del sujeto, la cual puede ser totalmente recreada o inventada. Lo que importa es que el sujeto encuentre a través del

relato su propia verdad; eso es lo que cuenta para él y, por ende, para el (buen) trabajo analítico. Esta concepción totalmente nueva de la realidad en el análisis freudiano busca la realización de un caso singular, único, propio. ¿Cómo pretender generalizar lo que ocurre desde que los analistas se multiplicaron? En consecuencia, la comunicación entre analistas se complica, ya sea por las expectativas enraizadas o posturas dispares, pues ellos son, en gran medida, el “útil” de trabajo. Veamos esa disparidad:

La autopercepción del *analisé* no es en absoluto transparente para él; por el contrario, la relación del analizado consigo mismo es tan problemática que necesita recurrir a un analista que lo guíe hacia su propio sentido (Lacan, 27 de enero de 1954). Todo analista afirma una manera de trabajar en su experiencia cotidiana y confirma la virtud de su labor cuando se permite asumir ser el gran *Otro* y facilita a través de su presencia el soporte para que el paciente lo invista con el Sujeto supuesto Saber (SsS). Estos son dos elementos fundamentales de la terminología lacaniana: el gran *Otro* de los primeros años de seminario (1955-1956) y el SsS, producido desde la primera sesión de *Los fundamentos del psicoanálisis* (de 1964) y posterior a su expulsión de Santa Anne, misma que fue tramada por las truculencias de cierta mafia médica, incapaz de aceptar esa enseñanza y que Lacan volviera la teoría del análisis accesible a todos y se cuestionara la transparencia de cada uno.

La creación del gran *Otro* tiene múltiples efectos y consecuencias principalmente clínicas; Lacan enfrenta la Psicología del ego vigente en la IPA, y con ello su modalidad europea, la *Two bodies psychology* (psicología de dos cuerpos) de Balint. Limitar la realidad a su dimensión corporal, ignorando el orden del lenguaje, soslayaba la manifestación de la función de la palabra (Freud ya había rechazado esta postura). Lacan otorga inicialmente este lugar de tercero a la

palabra o al lenguaje, pero termina desembocando en el gran *Otro*, al que califica como un tesoro de los significantes que el paciente tratará de alcanzar, siempre y cuando su analista se lo permita, dejándolo hablar para que extraiga las consecuencias de su propio decir —ahí el analista ha de calcular meticulosamente sus intervenciones. Este término tercero relega al análisis imaginario del *Two bodies* (incluyendo el énfasis consabido en la gran importancia al ego de los participantes, sobre todo el del analista), a una dimensión meramente simbólica, lo cual preserva nada menos que esa palabra analizante. La locura no sería pues un asunto de conducta, sino de saber supuesto; empero, el saber del analista, manteniéndose “en reserva”, obrará entonces únicamente como supuesto para el *analisé*.

La referencia a Freud es general, constante e inevitable en los primeros 10 años de seminario (1953-1963); no obstante, Lacan demuestra que su intención no es repetir sino aportar lo propio, por ejemplo, la famosa noción del *Objeto a* (u *Objeto causa de deseo*); su ternario Simbólico, Imaginario, Real (SIR), que presentó el 8 de julio de 1953; las “sesiones cortas” o puntuadas en función de lo dicho por el paciente (la insistencia de ciertos términos, su tonalidad y/o la importancia de su contenido). Sin embargo, sus creaciones tempranas fueron el motivo declarado para su expulsión de la IPA. Lo que tocamos por medio de este desvío necesario son las dimensiones de poder en juego: el poder que el paciente confiere al analista en la intimidad de su trabajo, y el poder médico de la IPA y sus “directivas”, reticente a perder prebendas.

La oposición del *Orden médico* (como lo llama Jean Clavreul) y las traiciones de algunos de los primeros alumnos y analizantes de Lacan —sobre todo en cuanto a las sesiones cortas y la interpretación literal de la lectura de Freud— llevan a Lacan a fundar su

propia escuela en 1964: la *École Freudienne de Paris* (EFP). Sin embargo, tres años más tarde Lacan se aleja de Freud y profundiza el desarrollo de su propio aporte de manera clara, determinada y no pocas veces provocadora. Así pues, en 1967, propondrá una manera opuesta a Freud de concebir el fin del análisis: No son la roca de la castración, ni el *penisneid* los dos elementos clave y determinantes, pero que además exentan al analista de manera radical de ese momento esencial del proceso. Con Freud, todo lo que pasa tiende a reposar sólo en el paciente y su transferencia. ¿Y el analista?, ¿acaso él no tiene nada que ver? Freud sólo pone el acento en el paciente, Lacan lo coloca en el analista y en el analizante (en eco a *la transferencia no depende sino de aquel*) y, para justificar sus propias coordenadas de fin de análisis, crea términos recíprocos a los dos participantes: el *desêtre* (*desser*) y la *destitución subjetiva* al final del análisis. Además de realizar el trabajo propiamente clínico, los analizantes deben confirmar que han pasado —literalmente— del diván al sillón para que un jurado de la EFP los nombre Analistas de la Escuela (AE); son ellos quienes abren la brecha hacia un saber nuevo, propio y necesario en el desarrollo de la enseñanza y de la escuela.

Hay contradicción en Lacan, como la hubo en Freud con el peso acordado (o no) a la transferencia: la superación paulatina de ciertos términos básicos; por ejemplo, el *objeto a*, que de *objeto de deseo* (en la construcción del grafo del deseo del seminario *Las formaciones de lo inconsciente*), se convierte en *objeto causa de deseo* en el seminario *La angustia* (1962-1963), unos cinco años después. Asimismo, el énfasis de Lacan en la intersubjetividad contra la psicología de dos cuerpos cae con la *Proposición del 9 de octubre* de 1967. *Sobre el psicoanalista de la Escuela* (Scilicet 1, 1968), más conocida como *La proposición sobre el pase*, o el creer que el análisis busca solamente el sentido de lo que le ocurre, para poder dar así sentido a su vida o a lo que hace (como

si solo el análisis permitiera poder llenar de sentido lo que ahí se trabaja). El sentido, venga de donde venga, puede superarse por una discursividad. La creciente confianza en el *matema* (la lógica del significante) en los años de 1964 a 1970, lo tienta a eliminar o reducir todo lo que sea *sentido* en el análisis. Con la conferencia La tercera (dictada el 1/11/74, publicada en 1975) termina por flanquear el *objeto a* y ubicar una dimensión de *sentido* nada menos que en el centro del nudo borromeo formado por el *goce fálico*, el *goce Otro* y el *sexo otro*. La esencia del trabajo de Lacan en sus últimos años se condensa en la afirmación de que “no hay relación sexual” (que al inicio presentó como “no hay acto sexual”, lo cual tuvo que rectificar, ya que se sabe que el acto “no tiene vuelta”, pero lo sexual sí).

IIIa. Práctica analítica lacaniana

Varias impresiones presentadas en gran desorden:

a) ¿Por qué cuando se lee algo de la presentación de enfermos de Lacan, uno se queda con la impresión de que hay diferencia entre la teoría que él propone y defiende con el modo de analizar a sus pacientes *versus* la manera de conducir la entrevista con el paciente hospitalizado, y el modo en que lleva el diálogo con él en su presentación? Como si el Lacan presentador estuviera mucho menos aplicado a su encuadre teórico.

b) ¿Por qué nunca teorizó las sesiones cortas? El autor de la biografía de Lacan en Wikipedia afirma:

Lacan justifica *indirectamente* la noción de sesión con duración variable o corta de la siguiente manera: el psicoanalista no puede nunca prever el tiempo para comprender de un sujeto, siendo él mismo parte de un orden simbólico; hace falta evitarle al sujeto apoyarse en una duración fija que podría servirle de escapatoria. (s. f.)

¿Es el término *escapatoria* adecuado ahí? Si el inicio de la frase es lógico y bien orientado, parece raro que Lacan pudiera pensar en acorralar al sujeto y dejarlo “sin escapatoria”.

c) Los lacanianos practican sesiones con mayor o menor rigor en la duración, ¿qué ventaja encuentran sus alumnos con las sesiones cortas? Se sabe, por los discípulos y primeros analizantes de Lacan, que esas sesiones no eran necesariamente cortas y que llegaban a extenderse a los 50 minutos freudianos. Quizá fue la sala de espera llena lo que lo forzó a abreviarlas (más que por no dejar a uno de sus analizantes que le desarrollara sus tesis sobre Dostoievski, como alguna vez lo afirmó), el afán de “ser un santo” y poder atender a todos.

d) Los analistas lacanianos pretenden acostumbrar al analizante a hacer todo el trabajo en las sesiones; que, mediante la mínima intervención posible, el sujeto del inconsciente sea quien organice y dirija todo. De ahí su gran silencio: ¿rehúyen interferir con la emergencia de lo inconsciente?; en ese sentido, ¿se trata de darle libertad al sujeto o de protegerse ellos?

e) ¿Por qué se prohíben hablar en cualquier circunstancia de los casos que reciben? ¿Para no exponerse, o es una simple copia de lo que Lacan hizo a partir de un cierto momento?

f) El analista debe ser dos: aquel que escucha y aquel que teoriza, afirma Lacan al inicio del seminario RSI. No obstante, la disparidad ya no de su propia práctica (que permanece relativamente secreta), sino de su trabajo teórico, deja a menudo mucho que desear; y ya no digamos por parte de los analistas lacanianos en general, sino de aquellos que se analizaron con Lacan, entre los cuales hay un buen número de Analistas de la

Escuela (AE) de la época. El calibre de lo que aportan es francamente desigual.

g) ¿Por qué la mayoría de los AE de la EFP fueron analizantes de Lacan? ¿Acaso prefería a aquellos que él mismo formó y conoció o se trata de una cuestión de favoritismo entremezclado? En sus propias palabras: “Yo no puedo dialogar más que con alguien que he fabricado para comprenderme en el nivel en que hablo” (RSI, 11/2/1975). ¿Discordancia por parte de Lacan ante sus colegas de los jurados de pase por su simple presencia en ellos?

h) Yann Diener desarrolló un esquema del estado actual del pase según las diversas escuelas surgidas de la Disolución de la EFP titulado *Schéma des scissions, graphe de la passe et carte de la dispersion* (Esquema de las escisiones, grafo del pase y mapa de la dispersión). cf. anexo.

i) Lacan era quisquilloso con los títulos de sus seminarios, por eso a veces los anunciaba y luego los modificaba (conservando a veces varios títulos). También llegó a tomarse el trabajo de explicarlos al inicio mismo del seminario.

j) Su *Retour à Freud* es una lectura que no pretende permanecer en la ortodoxia freudiana, sino hacer brotar, recrear y propulsar lo más coherente y revolucionario en la enseñanza de Freud, apartando con ello de entrada las especulaciones biológicas de éste.

Digamos algo más sobre el pase, pero de manera sesgada y hasta cierto punto indirecta: Lacan distingue, en la p. 21 de *Scilicet* citado, entre el cero, el vacío, la nada, el elemento neutro, la nulidad de la incompetencia, lo no marcado, la inocencia, y afirma

que la cuenta no se detiene ahí. ¿Son todas ellas cuestiones que no deberían interesarnos y todavía menos retenernos? Y, sin embargo, cuando vemos lo que esta sociedad absurda es capaz de ensalzar, promover y vender bajo el nombre de *arte*, uno no puede menos que preguntarse cómo es posible que hayamos caído tan bajo. En su obra *Ceci tuera cela: Image, regard et capital*, publicada en marzo de 2021, Annie Le Brun y su coautor Juri Armanda dan un eco pertinente y perspicaz de la lista de “nadas” de Lacan. En su artículo “Au-delà du vide” (más allá del vacío) en la revista *Bascules, pour sortir de l’impasse* (op. cit., p. 113-127), ella se pregunta cómo puede haber gente con una dinámica tan absurda como para afirmar crear algo que llaman *arte*, y que vive o perdura apenas el tiempo efímero de su presentación, pero maravilla a infinidad de tontos capaces de pagar cifras increíbles por una nimiedad que impresiona sobremanera. Y eso es de lo que se trata, de creerse más importante que los demás, los que no pueden pagar sumas exorbitantes y extasiarse como ellos.

IIIb. SsS

Las personas acuden a un analista porque confían en su capacidad y conocimientos; sin embargo, para los fines de la cura, importa menos lo que el analista pueda saber que su lugar y presencia —como la enorme presencia de Lacan en un pequeño gabinete en donde él invadía todo el espacio. El analista no brinda solamente consejos; J. G. Godin lo despliega así en su artículo “Lo que vendría a oponerse a la tesis según la cual el psicoanálisis ‘no puede transmitirse’ y ‘es tan problemático que cada quien se vea obligado de volver a inventar la manera para que el psicoanálisis pueda durar’”:

[...] Esos guijarros que trazan el camino de la autorización de un analista. *Consejos, directivas, discusiones acaloradas* en puntos sobre los cuales me apoyé durante un momento y que se fueron desvaneciendo fundieron al mismo tiempo que los recuerdos de la cura [sic]. Yo no puedo dialogar más que con alguien que he fabricado para comprenderme. (s. f.)

Lacan hizo una gran aportación al formalizar el lugar del analista como un Sujeto *supuesto* Saber, ya que el saber que se espera de él no es en absoluto suyo, sino de quien, suponiéndose ignorante, acude a él en busca de ayuda. ¿Pero ayuda para qué? para hablar, nada más, y encontrar así ese saber suyo; para poner lo que sabe en el lugar reservado a la verdad en el dispositivo lacaniano. En este sentido (y en eco a los puntos *f* y *g* anteriores), solo el analizante es capaz de saber lo que le ocurre, lo que desconoce (todavía) es cómo; en cambio, adjudica inadvertidamente este conocimiento al analista, precisamente como *saber* —eso que Lacan expone en su escrito: *Posición del inconsciente* (1960). El analista útil encontrará la manera de conducir a su analizante con mínima intervención a través de su inconsciente a que se apropie de su saber; el analizante se verá forzado a hacerse el ingenuo (la *dupe*) del dispositivo que se le propone (y que le es más cómodo al analista que al paciente) para que puedan trabajar.

La responsabilidad del analista, en cuanto soporte del SsS que al paciente le hace falta, puede declinarse de diversas maneras, entre ellas:

a) Calificar cada sesión según la calidad percibida del trabajo del paciente y señalar aquello que podría influir en el proceso del sujeto. Con ello da testimonio de su

interés por la labor que debe “supervisar”; es decir, no sólo acepta el lugar de SsS, lo cual basta para validar su función ante el paciente, sino que se convierte en su analista y firma así, en acto, su compromiso.

b) Evitar nombrar al paciente con un nombre propio para afianzar la dimensión de lo incógnito (eso no sabido pero puesto en juego): “Yo no sé ni quiero saber ni más ni menos que lo que Ud. relata”. El analista sabe sin ninguna duda que el paciente, además de dirigirse a él, se dirige también al Otro (que no necesariamente es solamente el analista), y espera (no puede no esperar) que el discurso del paciente le proporcione los medios para desvelar lo más importante de lo que éste sabe o ignora de sí mismo, pero que será un significativo importante, retrabajado, pulido.

c) El analista debe enfatizar, cada vez que pueda y en acto, que el proceso tiene por finalidad hacer emerger y hacer valer la singularidad del desear de su paciente. Es su responsabilidad civil, política y, por eso, compartida.

La responsabilidad del analista debe considerar, además, la transferencia que obra entre él y su paciente en la intimidad del trabajo. Para ejemplificar, se propone el siguiente caso hipotético, pero no del todo inverosímil: El analizante atraviesa una situación económica delicada y, al final de una sesión que no puede posponer más y a punto de pagar, encara al analista para pedirle, si es posible, venir el mes próximo una sesión de menos por semana de las cinco impuestas. El analista toma la solicitud muy en serio y reflexiona (mientras más larga sea su reflexión, mejor, pues mayor será el impacto sobre el otro). Ambos permanecen de pie así un cierto tiempo; la tensión sube, hasta que el analista acepta. Por

supuesto, ese sí cuenta mucho para el analizante, quien se va aliviado de un peso. El asentimiento de su analista le permite al paciente suponer que algo de esos aproximadamente veinte años de análisis funciona. Una semana después, desde el diván, le recuerda al analista que no vendrá al día siguiente; el analista, con aplomo, le susurra al oído: “¿Qué? Por supuesto que Ud. viene. Yo acepté su petición, pero sepa que le mentí. Venga pues, lo espero como siempre”. Dejemos este trabajo con una pregunta abracadabrante: ¿qué sucederá con la transferencia, motor de la cura, en ese caso tan particular, con ese Otro reconociendo mentir en el proceso?

Nota bene:

Salió en librería en octubre pasado el volumen *Lacan Redivivus*, editado por J. A. Miller & Christiane Alberti (París, Navarin ed., septiembre 2021), con el fin declarado de “celebrar al hombre Lacan”. Contiene un largo texto inédito de este: “Mise en question du psychanalyste” (p. 37-102). El contenido del artículo dice claramente que del analista depende facilitar o impedir al *analysé* el descubrir cosas y llegar a lo que llamará posteriormente *destitución subjetiva*. Abundará en ese sentido, y entre mil cosas más, que “En el psicoanálisis es el inconsciente del psicoanalista lo que es solicitado” (p. 46); por eso afirma que ahí, en el análisis, el verdadero psicoanalizado no es el paciente, sino el psicoanalista.

Según J. A. Miller, ese texto mecanografiado y lleno de correcciones de la mano de Lacan puede fecharse en “la segunda mitad del año 1963”, el momento crucial en que, luego de terminar el seminario *La angustia*, e intentar comenzar *Los nombres del padre*, se hace expulsar de Sainte Anne y prepara *Los fundamentos del psicoanálisis* y su próxima escuela, la EFP.

Referencias bibliográficas

Bousenna, Y. (2021). *Bascules pour sortir de l'impasse*, N° 1 (24.09.2021), Hors-série, Socialter.

Clavreul, J. (1978). *L'ordre médical*. Seuil.

Freud, S. (1912/1976). Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico, en *Obras completas*, vol. XII. Amorrortu.

Freud, S. (1926/1976). ¿Pueden los legos ejercer el análisis?, en *Obras completas*, vol. XX. Amorrortu.

Lacan, J. (1953). *Le Symbolique, l'Imaginaire et le Réel*, Conferencia del 8 de julio de 1953: <https://ecole-lacanianne.net/wp-content/uploads/2016/04/1953-07-08.pdf>

Lacan, J. (1973/1953-1954). *Le séminaire. Les écrits techniques de Freud*.

Sesión del 20 de enero de 1954: <https://ecole-lacanianne.net/wp-content/uploads/2016/04/1954.01.20.pdf>

Sesión del 3 de febrero de 1954: <https://ecole-lacanianne.net/wp-content/uploads/2016/04/1954.02.03-1.pdf>

Lacan, J. (1960). *Position de l'inconscient au Colloque de Bonneval*, 30.10.1960: <https://ecole-lacanianne.net/wp-content/uploads/2016/04/1960-10-31.pdf>

Lacan, J. (1973/1953-1954). *Le séminaire. Les formations de l'inconscient*. Sesión del 4 de diciembre

de 1957: <https://ecole-lacanianne.net/wp-content/uploads/2016/04/1957.12.04.pdf>

Lacan, J. (1973/1953-1954). *Le séminaire. Les fondements de la psychanalyse*. Sesión del 15 de enero de 1964: <https://ecole-lacanianne.net/wp-content/uploads/2016/04/1964.01.15.pdf>

Lacan, J. (1962-1963). *Le Séminaire. L'angoisse*. <https://ecole-lacanianne.net/wp-content/uploads/2016/04/1962.11.14.pdf>

Lacan, J. (1968). *Proposition du 9 octobre sur le psychanalyste de lécole, Scilicet 1*, Paris, Seuil, 1968: <https://ecole-lacanianne.net/wp-content/uploads/2016/04/1967-10-09b.pdf>

Lacan, J. (1975). *La troisième. Lettres de l'école*, 1975, no. 16: <https://ecole-lacanianne.net/wp-content/uploads/2016/04/1974-11-01.pdf>

Lacan, J. (1974-1975). *Le Séminaire. RSI*. Sesión del 11 de febrero de 1975: <https://ecole-lacanianne.net/wp-content/uploads/2016/04/1975.02.11.pdf>

Le Brun, A. y Armanda, J. (2021). *Ceci tuera cela: Image, regard et capital*. Stock.

Le Brun, A. (2021). *Au-delà du vide*, en *Bascules pour sortir de l'impasse*, no. 1 (24.09.2021), Hors-série, Socialter.

Reich, W. (1933/2005). *Análisis del carácter*. Paidós.